



VALLADARES, Rafael (ed.), *La Iglesia en Palacio. Los eclesiásticos en las cortes hispánicas (siglos XVI-XVIII)*

Francisco José García Pérez
Universitat de les Illes Balears-IEHM (España)
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9459-3550>
f.garcia@uib.es

RESUMEN

Reseña: VALLADARES, Rafael (ed.), *La Iglesia en Palacio. Los eclesiásticos en las cortes hispánicas (siglos XVI-XVIII)*. Roma: Viella, 2019; 299 págs.

PALABRAS CLAVE

Iglesia; Corte; Monarquía Hispánica; Real Capilla.

Hasta épocas recientes, la presencia de eclesiásticos en el ámbito cortesano solía quedar reducida a figuras sobresalientes, con el caso paradigmático del confesor real. Sin embargo, cada vez son más abundantes los estudios centrados en esta cuestión, lo que se ha traducido en una revisión historiográfica de gran envergadura. Y una de las principales conclusiones que se repiten una y otra vez, ha sido la participación de numerosos miembros del clero en el amplio universo que configuraba la corte del rey católico. Precisamente, el libro titulado muy acertadamente como *La Iglesia en Palacio*, editado por el doctor Rafael Valladares, y en el cual participan reconocidos especialistas en el tema, viene a poner énfasis en esta cuestión. A lo largo de la Edad Moderna, la Iglesia tuvo sus propios márgenes de actuación dentro del aparato mismo del poder. De hecho, el confesor del rey era solamente una pieza más en lo que se configuró como una auténtica red de agentes eclesiásticos con unos intereses específicos. A lo largo de sus páginas, se constata la importancia que jugó el clero en cuestiones de muy diversa índole: desde el control de las conciencias a través de la figura de los confesores, el adoctrinamiento ejercido por los predicadores reales a través del púlpito regio o la participación política que desempeñaron cardenales vasallos de los Habsburgo, y muy cercanos de un modo u otro a la corte papal. Cada una de las contribuciones que conforman este libro se configuran como piezas de un verdadero mosaico, en el que pueden comprobarse los amplios cauces de actuación que conformaba aquella Iglesia perfectamente infiltrada en los distintos espacios cortesanos.

A lo largo de la Edad Moderna, la elección de obispos fue un asunto que preocupó sobremanera a los soberanos europeos. En especial porque el peso que esta élite eclesiástica acumulaba era enorme, hasta el punto de que podían convertirse en un verdadero obstáculo en las dinámicas políticas diseñadas. Andrea Vanni se centra en Gian Pietro Carafa, futuro Paulo IV, y más concretamente en su declarada animadversión hacia la dinastía Habsburgo. A lo largo de este capítulo, Vanni muestra con brillantez el papel que pudo desempeñar el propio Carafa en la política europea de principios del siglo XVI, muchas veces en detrimento de la asfixiante presencia de Carlos V en tierras italianas. Todo ello en un contexto verdaderamente complejo, con la reforma protestante y los conflictos entre Francia y España como telón de fondo.

António Camões Gouveia nos muestra un campo de estudio en constante crecimiento, pero que sigue pendiente de nuevas investigaciones. Si bien la Real Capilla del Alcázar de Madrid ha asumido durante estos últimos años un protagonismo abrumador en lo que se refiere al estudio de la religiosidad cortesana y el ceremonial de los Austrias, hubo también otras capillas reales. Porque, en efecto, la propia configuración política de la Monarquía Católica tenía su expresión en la existencia de estos espacios repartidos en los distintos territorios que la conformaban. En el caso del Portugal del siglo XVII, los representantes políticos

del monarca, como el cardenal Alberto de Austria, participaron en las ceremonias religiosas que también se celebraban en la Real Capilla. Y es precisamente en este punto donde entran en juego los predicadores reales. Del mismo modo que ocurría en Madrid, fueron nombrados distintos oradores áulicos portugueses, que gozaron de un estatus privilegiado y cuyos sermones llegaron a resonar e influir también en cuestiones políticas.

En líneas generales, los eclesiásticos que conseguían infiltrarse en las dinámicas cortesanas aspiraban muchas veces a obtener beneficios políticos, pero también económicos. De hecho, solían disfrutar de un estatus ciertamente envidiable. Así lo demuestra, por un lado, Fernando Negredo del Cerro con su estudio sobre la controvertida e interesantísima figura de Don Diego de Guzmán, capellán mayor y patriarca de Indias. Desde su privilegiada posición, este personaje consiguió amasar un vasto patrimonio económico. Asimismo, supo situar a familiares en cargos importantes dentro del espacio de la Real Capilla y consolidó su ascendiente de cara a las generaciones futuras de su familia. Por otro lado, Gibran Bautista y Lugo analiza a Francisco Manso y Zúñiga, arzobispo de México, y más concretamente las estrategias de las que se valía esta élite eclesiástica para representar al soberano en las Indias, puesto que, como muy acertadamente nos dice Bautista y Lugo, no era solamente el virrey quien se ocupaba de ello. De hecho, uno de los muchos mecanismos con los que contaban, era mediante la configuración de una auténtica corte que nada tenía que envidiar a la del mismísimo virrey.

En este mismo sentido, la promoción de cargos palatinos destinados a eclesiásticos no quedaba únicamente reducida a la capilla del Real Alcázar. José Eloy Hortal Muñoz rompe con la visión tradicional que ha acompañado a los distintos Sitios Reales, pasando de ser vistos como lugares de diversión y retiro, a centros de importancia estratégica que deben integrarse dentro del entramado que afectaba a la corte. De hecho, las reducidas posibilidades de nuevos nombramientos dentro de la Real Capilla convirtieron las capillas de los Sitios Reales en auténticas canteras de promoción de eclesiásticos, que también pasaban a formar parte del clero palatino.

En otro ámbito, la Monarquía Católica contaba, como no podía ser de otro modo, con poderosos aliados en la Santa Sede. Y, entre todos ellos, los príncipes de la Iglesia desempeñaron un papel importantísimo por sus conexiones con la corte papal. Algunos fueron súbditos y otros «confidentes», como se les denominaba, pero todos ellos se configuraban como piezas muy útiles dentro del complejo engranaje de la política internacional. Por un lado, Fabrizio D'Avenia se centra en la figura del cardenal Andrea Doria. Uno de los aspectos más interesantes de su estudio es, precisamente, la idea de que la facción española en Roma jamás fue un corpus homogéneo. Todo lo contrario, estaba integrada por cardenales españoles, otros italianos vasallos de la Monarquía y confidentes (no súbditos), mientras que, en el vértice de la pirámide, se hallaban el embajador y el cardenal protector de la Corona. D'Avenia muestra el significativo papel que desempeñó el cardenal Doria, como un peón verdaderamente útil para el rey católico, hasta el punto de que los embajadores españoles recibieron constantes instrucciones de que se tuviesen siempre en cuenta los servicios que podía proporcionar el purpurado.

Sin embargo, también hubo cardenales ingobernables, como Teodoro Trivulzio. Julián J. Lozano Navarro nos presenta las complejas y muchas veces tensas relaciones entre el cardenal milanés y Felipe IV. De hecho, se centra en una de las crisis más significativas, ocurrida entre 1639 y 1642, coincidiendo con uno de los períodos más difíciles y tumultuosos del ministerio del conde duque de Olivares. Trivulzio supo bailar al doble son que pautaban la Monarquía Hispánica y la Roma pontificia, y siempre según sus propios intereses. Hasta tal punto fue así, que llegó a ser considerado una verdadera amenaza, como un posible representante de la nobleza lombarda descontenta.

Sin lugar a dudas, la figura del confesor real no podía quedar reducida a la nada, porque todavía son muchos sus aspectos y características que están pendientes de estudio. En este sentido, Rafael Valladares pone énfasis en la figura de don Luis de Haro, y más concretamente en sus confesores. Como todo en su vida, el último privado de Felipe IV supo jugar siempre con la prudencia, y la elección de trinitarios descalzos como sus confesores fue también un modo inteligente de hacerlo. A lo largo de sus páginas, este estudio ofrece ya algunas pinceladas sobre, no solo la propia religiosidad del valido, sino también el uso que sabiamente hizo de ella en su beneficio, desplegando el espíritu trinitario a través de sus propios confesores. Asimismo, cabe destacar el estudio de María Amparo López Arandía, cuyo análisis centrado en el último confesor de Felipe IV, fray Juan Martínez, extrae conclusiones interesantísimas sobre la mutación política a la que también se vieron expuestos los confesores reales, aun en perjuicio de la propia orden. La cuestión

de la Inmaculada Concepción fue otro motivo más que reforzó el posicionamiento del confesor hacia el poder regio, colocando a fray Juan Martínez en una difícil disyuntiva entre el rey y sus superiores dominicos.

Curiosamente, la presencia de eclesiásticos con influencia sobre la mismísima cabeza coronada no se reducía al espacio físico de la corte madrileña, por lo menos si la reducimos al espacio del Real Alcázar. También hubo miembros del clero que supieron ejercer altas cotas de influencia, y entre todos ellos destaca Sor María de Ágreda, monja archiconocida por su correspondencia de carácter político y moral con Felipe IV. El estudio de Alberto Pérez Camarma aporta datos nuevos sobre esta controvertida religiosa y algunos de los puntos en común que compartía con la influyente Escuela de Cristo de Madrid, de la cual formaban parte miembros poderosos de la corte. De aquí se deduce el interés común que parecieron tener la monja visionaria y aquella institución en intentar mantener firmes sus conexiones con el mismísimo Felipe IV.

Si hay un reinado que está recibiendo una atención privilegiada durante estos últimos años, ese es el de Carlos II. Tras verse eclipsado por el interés historiográfico que suscitaban sus antecesores en el trono, el último Austria se ha convertido en una inagotable cantera de nuevos estudios. Y, en este amplio abanico de posibilidades, el clero palatino y, por extensión, el universo de la Real Capilla, no han quedado relegados. Destaca, en primer lugar, el estudio de Juan Antonio Sánchez Belén, que trata la compleja cuestión del forzado exilio al que se vio expuesta Mariana de Austria a través de la formación de su casa en Toledo, y más concretamente del servicio que componía la real capilla. De ese modo, se refleja a la perfección el importante papel que continuó desempeñando la reina madre a partir de 1677, en este caso presionando para asegurarse una verdadera camarilla de eclesiásticos fieles, lo que se iba a convertir en un preludio de la influencia que iba a ejercer doña Mariana sobre su hijo durante el resto del reinado.

Finalmente, Feliciano Barrios se sumerge en las disputas faccionales que poblaron la última década del reinado de Carlos II, y lo hace analizando una cuestión en apariencia banal, pero que tuvo una trascendencia significativa en la propia organización de la Casa del Rey. Porque la Real Capilla también se vio contagiada por estas luchas de poder entre los altos cargos palatinos. Un polémico decreto que pautaba la custodia compartida de los objetos de la capilla palatina entre el guardajoyas y el capellán mayor degeneró en un enfrentamiento entre este segundo y el condestable mayor, que vio aquella medida como un auténtico abuso de atribuciones, quebrantando el difícil equilibrio siempre necesario en todos los oficios que componían la Casa del Rey.

A modo de conclusión, este libro reivindica el enorme potencial que todavía sigue teniendo el amplio universo de la corte y su íntima relación con la Iglesia, como un campo de estudio en constante crecimiento. Pues, como bien decía Rafael Valladares en la introducción del libro, «la historia de aquellos eclesiásticos cortesanos de la Monarquía de los Austria supone otro modo de enfocar el estudio del poder, secular o religioso, tanto da»¹.

¹ Rafael Valladares (ed.), *La Iglesia en Palacio. Los eclesiásticos en las cortes hispánicas (siglos XVI-XVIII)*, Roma, Viella, pág. 16.